

# EL CATOLICO

PERIÓDICO BISEMANAL

Con aprobacion de la Autoridad eclesiástica

## Precios de suscripcion

Menorca . . . . .	0'50 Ptas al mes
Península . . . . .	3'00 » semestre
Ultramar . . . . .	8'00 » al año

Imprenta y Administracion,  
Infanta, núm. 17.

## Observaciones

Para los señores Suscritores se insertarán los anuncios gratis.

## Seccion Religiosa

Jueves 25 Sta. Catalina, vírgen y mártir.  
Viernes 26. Los Desposorios de Nuestra Señora.  
Sábado 27. Stos. Facundo y Primitivo, mártires, y San Leonardo de Portomauricio, confesor.

## Córte de María

Día 25 se hace la visita á Ntra. Señora de la Buena Nueva en Gracia.—Día 26, á Ntra. Señora de la Clemencia en Gracia.—Día 27, á Ntra. Señora de la Gracia en la Concepcion.

## Cultos

Continúan los del Mes de Noviembre en Sta. María y San Francisco, en las Concepcionistas, San José y Sta. Eulalia, en sufragio de las benditas Animas del Purgatorio.

## EL BARBERO DE D. RUFO

—¡Ah! ¡la libertad de conciencia! exclamaba un dia mi vecino D. Rufo, agitando en la mano un papelucho libre-pensador de los más rabiosos y desaforados.—No hay nada como la libertad de conciencia. Ella ensancha el corazon, da rienda suelta al pensamiento, deja obrar libremente al individuo, y haciéndole *autónomo*, esto es, dueño de sí mismo, echa las bases de su completa felicidad.

—¡Retebien!

—No seria usted, señor mio. Cuanto digo es exacto, y puede comprobarse con los mismos hombres que han dado *amplitud* á su pensamiento y á su conciencia: han sido los más felices de la tierra.

—Pero diga usted, D. Rufo,—exclamé yo;—y los que los rodeaban, ¿eran tan felices como ellos? Porque, francamente, si yo doy carta blanca á mi conciencia para hacer diabluras, esas diabluras, para mí, serán muy gustosas; pero á mi vecino tal vez le parecerán más amargas que un puñado de aceitunas verdes.

—Eso son tonterías—contestó D. Rufo desentendiéndose del argumento.—De la libertad del pensamiento nada hay que temer; porque cualesquiera que sean las opiniones que un hombre abrigue mientras se hallen en el inviolable santuario de la conciencia no ofrecen peligro.

Don Rufo habia aprendido lo del *inviolable santuario* en el peirodicucho de su mayor aprecio, y repetia la frase á cada instante; porque hay que advertir que nuestro hombre, además de tonto de capirote, era más pesado que el plomo.

Quise replicarle, pero no me dejó.

—Le repito á usted, añadió, que el libre-pensamiento no ofrece peligro.

Solo que ustedes los católicos se empeñan en sostener lo contrario, porque quieren encadenar la conciencia humana para que siga una ley única y exclusiva.

—¿Qué está usted diciendo, hombre?

¿Qué cadenas ni que calabazas le echa-

mos nosotros á nadie con enseñarle los mandamientos de la ley de Dios?

—Sí, señor, se las echan ustedes; porque con ellos le inclinan á seguir una ley única y exclusiva que...

—¿Otra *exclusiva*? ¿Pero es que quiere usted que para cada hombre haya una ley y una verdad distinta?

—No, señor; porque yo ya sé que la verdad es siempre una sola: pero como en el mundo nadie la conoce...

—Se equivoca usted, amigo, que los católicos la conocemos muy bien; como que para nosotros no hay otra que la que enseña la iglesia Católica Apostólica Romana.

—Pues los libre-pensadores no estamos conformes con eso. La verdad nadie la conoce, decimos; luego cada cual puede seguir y creer la que se le antoje.

—¡Eso es! ¿Y si se le antoja á cualquiera inventar un disparate, y ese disparate perjudica á la sociedad, como sucede siempre con todos los disparates contrarios á la ley de Dios?

—No importa; ¿qué peligro hay en ello? He dicho á usted ya que mientras las ideas no salen del santuario de...

Cuando oí nombrar por segunda vez el santuario, no pude más, y estuve tentado de echar á correr; pero en aquel momento sonaron dos golpes en la puerta de la habitación, y una voz algo cascadilla preguntó:

—¿Da usted su permiso?

—Adelante,—contestó D. Rufo.

—Ave María Purísima—dijo entrando en seguida en la habitación un hombre muy amable, de corta estatura y vestido con un traje humilde pero sumamente aseado.

tro con muchísima calma;—no hay ne-

Era el barbero de D. Rufo, uno de los hombres más piadosos y honrados que habia en el país, pero tan partidario de antiguas instituciones que aseguraban malas lenguas que le rezaba todas las noches un Padre Nuestro á San Lorenzo el de las parrillas, para que volviera á establecerse en España la Santa Inquisición.

—¿Se virve usted, Sr. D. Rufo?—preguntó el barbero con exquisita amabilidad, mientras extendía sobre la mesa una de aquellas bolsas antidiluvianas que usaban *in illo tempore* los individuos de su oficio.

—Allá voy, maestro,—contestó el viejo quitándose la corbata y volviendo en seguida á la conversacion.—Me alegro, dijo, que nos oiga el maestro Bartolo, pues á pesar de sus rancias ideas no podrá ménos de estar conmigo.

Decía yo, maestro, que la conciencia y el pensamiento deben ser libres por dos razones; primera, porque la verdad de las cosas nadie la sabe y... vaya usted á averiguarla; y segunda, porque aunque al creer cada cual sobre ella lo que se le antoje incurra en error, ese error nunca será peligroso mientras no salga del santuario de la conciencia.

El maestro sonrió, y empezó á afilar las navajas.

—Por eso, nosotros, los libre-pensadores,—continuó D. Rufo,—dejamos la rienda suelta á los pensamientos de todo el mundo, seguros por otra parte de que el hombre y la sociedad pueden dormir tranquilos. Porque... es lo que yo digo... ¿qué peligro pueden ofrecer las ideas mientras no salen del santuario de la...

—No se moleste usted más en repetirnos lo del santuario—contestó el maes-

cesidad.—Y luégo, parándose y mirando al viejo de hito en hito, movió dos ó tres veces la cabeza y...—¡Si usted supiese lo que hay!!—dijo.

—¿Qué hay?—preguntó D. Rufo picado de curiosidad.

El maestro se volvió entónces hácia mí, y como si entre los dos hubiese algun secreto, me preguntó sonriendo:

—¿Se lo digo?

A encogermé iba yo de hombres sin saber lo que era aquello; cuando una sena del buen barbero me hizo sospechar que se trataba de alguna broma.

—Dígaselo usted,—contesté.

—Pues bien, señor D. Rufo,—exclamó el fígaro, tomando entre sus manos la cabeza de su parroquiano para darle la primera pasada;—va usted á saber lo que hay; (se entiende si guarda usted el secreto).

—Usted se burla.

—Pues bien; aquí donde usted nos ve, el señor y yo, no sólo pertenecemos ya en cuerpo y alma á la escuela del moderno libre-pensamiento, sino que hace tiempo formamos parte secretamente de una de las lógias más avanzadas de él.

—¿Qué me cuenta usted?—exclamó el viejo volviendo hácia nosotros su mirada llena de asombro.

—Lo que usted oye.

—Pero ¿cómo no me lo han dicho ustedes ántes?

—Porque, no todo puede decirse, amigo mio; pero... ha llegado la hora, y preciso es ya que nos descubramos á nuestro amigo, á nuestro hermano, al hombre de espíritu fuerte que, con su privilegiada inteligencia nos ha abierto de par en par las puertas de la verdadera ilustración.

—¡Queridos míos!—exclamó D. Rufo levantándose con la cara llena de jabor, para darnos un estrecho abrazo.

—No hay necesidad D. Rufo, no hay necesidad; dije yo viendo que lo del abrazo iba de veras.

—Es que mi satisfaccion es muy grande,—exclamó el viejo.

—Mayor es la nuestra,—contestó el barbero, tanto más cuanto que nuestras nuevas ideas constituyen la última expresion de la más hermosa filantropía.

—¡Sublime!

—Y de la fraternidad más universal.

—¡Admirable!

—En fin, con decir á usted que dado el atraso de los tiempos, hasta nos exponemos á perder la vida por hacer la felicidad de nuestros semejantes.

—¡Oh!—exclamó D. Rufo entusiasmándose,—¡cuán grande es la libertad absoluta de conciencia! ¡cómo inventa caminos nuevos! Y aún hay estúpidos que quieren encadenar la razon del hombre imbuyéndole una doctrina *única y exclusiva*. Así estamos tan atrasados. Pero... señores... acabemos, porque estoy ya rabiando por conocer las ideas de ustedes. Digan, digan.

—¡Oh! poco á poco,—dijo el barbero,—para eso es necesario tomar ántes ciertas precauciones. Si le parece á usted cerraremos la puerta.

Y dirigiéndose á la de la habitacion sin esperar la respuesta de D. Rufo, echó la llave, y se la metió en el bolsillo.

Don Rufo miró la operacion y la extrañó algo, pero no hizo caso.

—Pues vamos—dijo el maestro abriendo la navaja para pasarla otra vez por la correa,—yo siento no haber sido ántes franco con usted; pero... á veces... hay

consideraciones y circunstancias que obligan á guardar el secreto. El señor y yo, hemos formado juntos en una de las escuelas más avanzadas del naturalismo moderno.

—Muy bien, ¿y qué escuela es esa?

—No se si la conocerá usted. Hemos ingresado en... la secta filantrópico social llamada de...

—¿De qué?

—De los *degolladores*.

—¿Qué?—exclamó D. Rufo, volviendo rápidamente la cabeza.

—Pues... nada... que hemos ingresado en la secta llamada de los *degolladores*, —repitió el maestro con muchísima calma, afilando la navaja por cuarta vez.— Cuando le explique á usted bien el pensamiento, añadió, verá usted qué grande y qué sublime es.

Don Rufo empezó á mirar la puerta.

—Pues señor—dijo el maestro cogiendo de nuevo la cabeza de D. Rufo.—Sabido es que el hombre viene á este mundo á desempeñar una mision, para la cual la natuleza le concede fuerzas, salud, vida, etc. etc. Miétras el hombre disfruta de estas condiciones es feliz, pero... ¿y cuando las pierde? Cuando la edad avanza, los achaques empiezan á aminorar su salud, y la tristeza se apodera de su alma, ¿qué mayor prueba de amor puede dársele que la de quitarle de encima la carga que le abruma, es decir, la carga de la vida? Pues bien, la secta filosófico religiosa á que pertenecemos tiene ese objeto.

Don Rufo volvió los ojos con visible ansiedad y empezó á palidecer.

—Nuestra hermandad—prosiguió el barbero—jura contribuir á la felicidad del hombre y de la sociedad, eliminando

de ella á los seres que, por su edad ó achaques, son ya sólo un elemento de dolor y de miseria.

Don Rufo que era más viejo que un zarzo, y padecía de gota hacia muchos años, se puso ya tan blanco que creimos se desmayaba.

—Maestro, dijo, no se entretenga usted en repelarme tanto porque sabe usted que tengo la barba delicada.

—Acabo en seguida,—contestó el truhan del barbero reanudando el hilo del discurso.—Ya ve usted, dijo, si el árbol del libre-culto da buenos frutos. Es tontería donde no hay libertad de conciencia y de pensamiento no puede haber nada nuevo.

—Sin embargo—exclamó Don Rufo completamente descompuesto,—hay ideas que por lo peligrosas, convendría...

—¿Cómo peligrosas, señor mio!—exclamó el Maestro Bartolo más sério que un ochavo de especias.—¿Desde cuando discurre usted de ese modo? Mil veces ha sostenido usted mismo que miétras las ideas se hallan en el *santuario de la conciencia* deben respetarse porque no ofrecen ningun peligro. Y tiene usted muchísima razón. Solamente que el fanatismo católico se empeña en sostener todo lo contrario. Por eso, miétras no acabemos con él, tendremos que ocultarnos para practicar nuestra mision salvadora. En la última sesion secreta nos reunimos todos los barberos y convinimos en... (levánte usted un poco la cabeza, que voy á quitarle á usted los pelitos de la garganta).

—¡Infame! quítese usted las narices.—exclamó D. Rufo dando un salto y escapando del sillón con el paño colgando y la cara á medio afeitar.—¡Asesinos! ¡ase-

sinos! ¡que me matan!—gritó con todos sus pulmones.

—Pero ¡señor D. Rufo!—exclamamos los dos,—¿está usted loco?

—¡Asesinos! ¡asesinos!—seguía gritando el viejo.

—Pero ¿quién le ha dicho á usted que nosotros tratemos de hacerle daño? Al revés, nuestra conciencia nos dicta todo lo contrario.

—Vayan ustedes á la porra con su conciencia; ó mejor dicho: vayan ustedes á presidio, que allí debían estar ustedes.

Entonces viendo que el viejo continuaba escandalizando y con trazas de desmayarse, soltamos la carcajada y le declaramos que todo habia sido una broma, asegurándole que ambos éramos tan católicos como ántes, y que ni por todo el oro del mundo éramos capaces de abandonar nuestra fe y nuestras ideas cristianas.

Al oír esto respiró, y mirándonos bien para asegurarse de que decíamos la verdad.

—Vaya, dijo, me han dado ustedes una broma demasiado pesada y eso no es justo.

—Sí que lo es, D. Rufo contesté yo, —porque de este modo se habrá usted convencido de una gran verdad, y es, que si en el mundo no hubiese una ley *única y exclusiva* que se llama la ley de Dios, y además no hubiese una religion que inculcase esa ley en la conciencia de los hombres haciéndoles ver la obligación que tienen de obedecerla, no sólo no podríamos vivir en paz, sino que ni siquiera podríamos afeitarnos.

Desengáñese usted, señor D. Rufo, en eso de la libertad de *conciencia* hay un punto que pocos entienden, y por ese

punto es por donde el diablo mete la pata.

Una cosa es que el hombre sea interiormente libre para elegir cualquier camino, y otra cosa es que se empeñe en sostener que todos ellos son iguales y que por lo mismo no está obligado á seguir por uno determinado.

El hombre es libre en su corazón para ser bueno ó malo, pero sólo tiene derecho á ser bueno.

El hombre es libre en su cabeza para pensar mal ó bien, pero sólo tiene derecho á pensar bien.

Esta es la doctrina católica, con la cual queda salvada la libertad del hombre y la santidad de Dios.

Cuenta la historia que desde aquel día, D. Rufo dejó de ser *libre-pensador* y que, habiéndose asegurado bien de que tampoco lo era su barbero, se dejó afeitar ya con muchísima tranquilidad.

A. C. y G.

*Lectura Popular.*

---

## LA URNA DE LAS LÁGRIMAS

---

### LEYENDA

Cuéntase que, en tiempos pasados, una desgraciada viuda, que habia quedado sin fortuna, y sin amparo ni consuelo en el mundo, habia concentrado todos los afectos de su corazón en su única hija, la niña Odeta.

Dios habia enriquecido á esta pobrecita con todos los dones de la gracia y de la naturaleza, llenándola de encantos, como para hacer un paraíso á la madre.

Odeta habia crecido en edad y juicio sin haber nunca causado á nadie ningun pesar. Sin embargo, su madre le habia dirigido bastantes veces una tierna re-

preñion, cuando al venir la noche caía en un triste letargo en que sus ojos azules se clavaban por largo tiempo en el firmamento.

—¿Estás distraída, hija mía?

—¡El cielo es tan hermoso! respondía el ángel.

Una especie de terror se apoderó de la pobre madre.

—¡Si este cielo tan bello viniera á arrebatarme á mi Odeta... ¿Tambien es ella hermosa y pura...!

Llegó el día en que la niña hizo la primera Comunion: la dicha de su corazón, la emocion de su alma fué inmensa. Entrada la noche, llena de júbilo, miró de nuevo al cielo, entregándose á místicas contemplaciones. Mas el transporte vivo de su alma y el ardor de su corazón encendieron en su cuerpo una fiebre ardiente.

Los médicos fueron impotentes para contener los progresos del mal, y un delirio, en que repetía sin cesar: *Jesus... el cielo... mamá ..!* Odeta espiró.

¿Quién podría describir la desesperacion de la desventurada viuda? Si la niña había subido al cielo, la madre había perdido su paraíso.

Derramó en un día todas las lágrimas que la dicha había contenido durante diez años. Fué despues ferviente su plegaria, y llena de conformidad era la oracion á la cual Dios no resiste.

Cuando el sol iba al ocaso, esta madre desolada, encerrada en su bohardilla, léjos de las miradas y del consuelo de los hombres, miraba al cielo, lloraba y oraba.

Todas las mañanas la aurora la encontraba de rodillas; no había querido descansar más, desde que la niña no reposa-

ba ya á su lado, en el pobre lecho en donde tantas veces la había contemplado mientras dormía.

Una noche la madre estaba velando en su triste bohardilla, elevando entre sollozos sus gemidos al cielo: la luna en su último cuadrante, alumbraba apenas con sus lánguidos reflejos aquella escena de quebranto, cuando de repente la puerta se abrió, y una claridad suave y deslumbradora se desprendió de una aparicion.

¡Odeta!!! gritó la madre al reconocer á su hija radiante de hermosura: ¡Hija mía!...

La niña llevaba en sus manos una maravillosa urna de oro, que sostenia con precaucion, porque estaba llena hasta el borde.

—Madre, la dijo, Dios me envia á tí. Ahí tienes tus lágrimas, todas me las ha dado. ¡Ay! mamá, soy felicísima: no llores más, porque la urna está llena, y si lloras todavía, Dios para oírte, y volverme á la tierra, va á retirarme del cielo donde te espero y en donde nada podrá separarnos. ¡Gozo de tanta dicha aquí, que no quiero perderla, sino esperarte para que la goces conmigo comprándola con tu resignacion.

La vision desapareció, cayó de rodillas para dar gracias á Dios, repitiendo sin cesar.

—Señor ¡qué bella es mi hija en el cielo!

Y una lágrima saltó de sus pupilas; pero ya no era una lágrima de dolor, sino de gratitud, ella no hizo desbordar la urna, y así Odeta permaneció en el paraíso.



## Seccion Local y de Noticias

**El domingo próximo pasado**, último dia de Cuarenta Horas que los Josefinos celebran anualmente en la iglesia de que el Sto. Patriarca es Titular en esta poblacion, S. E. Ilma. conforme anunciamos, distribuyó el pan de los Ángeles en la Misa de Comunión que en dicha iglesia, oportunamente invitado por aquellos asociados, se dignó celebrar.

Terminado el Santo sacrificio, S. Exce-lencia Ilustrísima subió al Santo Hospital, visitó á los enfermos y asilados en dicho Establecimiento, y dirigió á cada uno en particular palabras de paternal benevolencia, que habrán llevado la resignacion y fortaleza en el ánimo de aquellos desvalidos, por los cuales S. E. siempre ha demostrado especial predileccion.

El Prelado Diocesano, dejándose llevar de sus generosos impulsos, dejó en manos de aquellos pobres larga muestra de su caritativo desprendimiento.

**Desde mañana, al toque de oracion**, y despues del rezo del Santo Rosario, en la Ayuda Parroquia de la Concepcion se enseñará la Doctrina cristiana á los niños de uno y otro sexo.

Los domingos por la tarde, despues de terminadas Vísperas, habrá asimismo plática doctrinal.

Muy de desear seria, que los padres de familia, comprendiendo la importancia verdaderamente trascendental de las escuelas catequísticas, cooperasen á su desarrollo, procurando que sus hi-

jos asistieran con asiduidad á las mismas.

**S. E. Ilma. el Sr. Obispo** Diocesano administró el domingo último en la parroquia de Sta. María el Sacramento de la Confirmacion á trescientos diez y seis niños de uno y otro sexo; apadrinándolos el Exmo. General Gobernador y su señora hija.

El martes pasó al vecino pueblo de San Clemente, donde, despues de haber confirmado á diez y siete niños de uno y otro sexo, ofició de medio Pontifical en la solemne Misa, que para celebrar la fiesta del Sto. Titular, se cantó; predicando el Rdo. Sr. Cura Ecónomo de San Luis.

S. E. Ilma. se propone regresar á Ciudadela en la mañana del próximo viernes.

**Varias iglesias protestan-**tes de California han sido vendidas á los chinos. En Hollister habia un magnífico colegio de la secta de los campbellites y un rico católico lo compró y donó al Obispo de los Angeles para que sirva de escuela católica. Varias otras capillas protestantes han sido cambiadas en hoteles. En Nueva York siete de esos edificios muy lujosos están de venta por menos de lo que costaron. Estos datos y otros muchísimos que se pueden aducir, prueban facilmente que el protestantismo decae y muere por todas partes.

**Aunque es muy difícil que** vuelva á verse un prodigio como el del Cardenal Mezzofanti, que sabia ochenta lenguas, sin embargo, no faltan en el seno de la Iglesia católica hombres que se acercan á él. En la actualidad monse-

ñor Becher, Obispo de Savannah, no solo conoce á fondo todas las lenguas europeas, sino que habla muchas de ellas, y tambien dialectos y lenguas asiáticas.

**Hé aquí los grados que ha seguido el Gobierno de la República francesa en la persecucion contra la iglesia en materia de instruccion primaria:** Primeramente Mr. Ferry declaró que los Jesuitas, aunque ciudadanos franceses, no debian enseñar á la juventud. Despues ordenó que los demás religiosos aunque ciudadanos franceses, tampoco pudiesen enseñar. Despues decidió monsieur Constans que los religiosos estaban fuera del derecho comun y que no podian vivir en comunidad. Despues que los padres de familia no tenian derecho á exigir que les enseñara á sus hijos la doctrina cristiana. Luégo Mr. Clobet impone á los maestros láicos la obligacion de enseñar á los niños un curso de *instruccion civica republicana*. Por último las Cámaras votan una ley quitando á los Municipios la facultad de confiar la direccion de las escuelas á quienes no sean maestros láicos.

Ahora sólo falta que se prohíba á los padres de familia instruir cristianamente á los hijos en sus casas ó en escuelas privadas; y que se declare que sólo la masonería tiene derecho á educar á la juventud.

**Los legisladores dinamarqueses** acaban de votar una ley, en la que se ordena la conduccion á su domicilio por el medio más costoso de todo borracho, que se encuentre la policía fuera de su casa.

Los gastos de transporte se cobrarán del

tabernero que haya facilitado el último vaso.

Aunque las copias en general son malas, admitiríamos de buena gana la de esta disposicion para España.

**Suscripcion mensual para subvenir á los gastos de construccion y dorado de un altar para San José en su iglesia titular**

	Ptas. Cents.
Suma anterior	29'20
Rdo. D. Juan Garcia, Minorista	0'20
D. <sup>a</sup> Eulalia Llumbera	0'10
» Catalina Gomila	0'10
» A. C. de T.	0'10
» Vicenta Andreu	0'10
Una devota persona	0'25
Otra idem. idem.	0'36
D. <sup>a</sup> Celestina Ribas	0'20
» Margarita Pons	0'10
D. Angel Garcia	0'20
Uua devota de San José	0'10
Otra idem. idem.	0'10
D. <sup>a</sup> Ysabel Bisch	0'10
» Catalina Orfila	0'10
» Maria Bañul	0,10
» Catalina Vidal	0'20
» Cecilia Buenaventura	0'10
» Ana Olives	0'20
» María Camps	0'10
Total	32'00

Por error de suma cometido en el número anterior se han de deducir 0'50

0'50

31'51

(Continúa abierta la suscripcion.)

Imp. de Fábregues y Orfila, Infanta, 17. —Mahon.